

HOMENAJE POSTUMO AL DR. FERNANDO OCARANZA

DR. MIGUEL JIMÉNEZ**

I

INTRODUCCION*

A PARTIR del día de hoy, la galería iconográfica de los ex-presidentes de nuestra corporación, contará con el semblante de uno de sus más distinguidos miembros, don Fernando Ocaranza, quien sintetiza una de las etapas más brillantes de la historia de la medicina mexicana, muy especialmente en sus aspectos de docencia e investigación.

Es para mí un honor muy especial y una satisfacción muy íntima, que por ocupar la presidencia de nuestra Academia tenga la oportunidad de expresar en nombre de este cuerpo colegiado y en el mío propio, el más profundo y respetuoso sentimiento por la reciente desaparición de uno de sus más ilustres exponentes. Me limitaré solamente a señalar sus actividades académicas, en virtud de que a continuación destacadas personalidades referirán los matices más importantes de su singular carrera profesional.

*

* * *

El 30 de mayo de 1876, en la ciudad de México, vio la luz primera el que con el tiempo llegara a ser una de las más destacadas personalidades del mundo médico nacional. Fueron sus padres don Ramón Ocaranza Maciel, natural de

* Palabras pronunciadas por su autor en la sesión del día 19 de mayo de 1965.

** Presidente de la Academia Nacional de Medicina.

Jiquilpan, Mich. y doña Antonia Carmona y de Moya Parragán, de México, D. F.

Realizó sus estudios primarios y preparatorios en la ciudad de Toluca, terminándolos en 1894; un año más tarde ingresó en nuestra Facultad, donde presentó su examen profesional durante los días 22 y 23 de abril del año de 1900.

Formó parte de nuestra corporación como miembro numerario a partir del 7 de junio de 1916 y ocupó su presidencia de 1924 a 1925. El 2 de marzo de 1949 pasó a la categoría de socio titular y, por último, el 31 de marzo de 1954 recibió la distinción de ser nombrado miembro honorario. Su actuación dentro de la Academia fue tan destacada y brillante, como las que tuvo en los demás aspectos de su vida profesional.

Tuve oportunidad de conocer al maestro Ocaranza en el año de 1929, durante el cual fui su alumno en la cátedra de fisiología especial, que impartía con excepcional brillantez, y en esa misma época era el director de la Escuela Nacional de Medicina, en la cual su importante actuación será detallada posteriormente.

La íntima amistad que me unía a su hijo, el actual Dr. José Ocaranza, compañero mío de generación, me proporcionó la oportunidad de conocer al maestro en su vida familiar y pude valorar de cerca los diferentes aspectos de su notable personalidad. Allí se acrecentó mi admiración y respeto hacia él, cuando pude darme cuenta de que, además de su gran valía científica, era poseedor de una alta calidad humana.

Precisamente ese mismo año de 1929, el año de la autonomía universitaria, fui testigo presencial de un hecho, que puso de manifiesto su gran valor civil y su elevada calidad moral. Fue una tarde del mes de mayo; la mayor parte de los alumnos estábamos concentrados en el edificio de la vieja Escuela de Santo Domingo, se trataba de decidir la participación de nuestra escuela, que era decisiva, en el movimiento de huelga que había iniciado la Facultad de Leyes.

Con el pretexto de restablecer el orden y con el real propósito de impedir la reunión, la policía y la fuerza armada, golpeando puertas y ventanas, trataban de entrar a nuestra Facultad. Los ánimos de los estudiantes se encontraban muy exaltados; faltaba poco para que se desencadenara una verdadera batalla campal, en la que seguramente el estudiantado, desarmado, hubiera llevado la peor parte. En esos momentos el maestro Ocaranza salió de la Dirección, llegó hasta la puerta, ordenó que se abriera de par en par y al frente del grupo de estudiantes allí reunidos se enfrentó a los soldados y la fuerza pública, que con las armas preparadas se disponían a invadir nuestra casa.

Con voz y ademán enérgico se dirigió al jefe de la tropa y dijo: "Me hago absolutamente responsable de lo que suceda en esta mi casa y si ustedes desean entrar lo harán sobre mi cadáver. La fuerza pública se desconcertó, retiraron las armas y el maestro Ocaranza tranquilamente mandó a los estudiantes retirarse

al interior de la Facultad. No había pasado nada; pero esta demostración de gran valor cívico, de responsabilidad y de cariño a nuestro movimiento, bastó para que se ordenara el retiro inmediato de las tropas y se restableció nuevamente el orden. El maestro Ocaranza regresó a la Dirección en medio de una ensordecedora muestra de admiración y reconocimiento.

En mi opinión, este franco apoyo al movimiento estudiantil, por una autoridad universitaria tan relevante, fue decisivo para los acontecimientos posteriores, que culminaron con la autonomía de nuestra máxima casa de estudios.

La Academia Nacional de Medicina ha querido honrar hoy su ilustre memoria al celebrar una sesión íntegramente dedicada a él y en la que se presentarán algunos de los aspectos más notables de su vida.

Antes de ceder la palabra al primero de los comentaristas, deseo volver a hacer patente el profundo sentimiento de tristeza de esta Academia a la cual honró con su presencia, por última vez, en el acto conmemorativo de su primer centenario, y termino recordando las palabras que Sodi Pallares dejó escuchar en el acto inaugural de este año académico cuando dijo: "Don Fernando Ocaranza, por quien los ojos aun húmedos están, fue el fisiólogo de toda una vida, el historiador de toda una época y el franciscano de toda una eternidad".

¡Descansa en paz respetado y querido maestro; orgullo y estandarte de la ciencia médica mexicana!